

CELEBRANDO EL V CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE SANTA TERESA

Nosotros, los agustinos, tenemos una motivación más añadida para unirnos a la celebración del V Centenario del nacimiento de Santa Teresa (28/03/1515-4/10/1582), no solamente porque la Santa tuviera un espíritu agustiniano, sino porque los agustinos, en aquellos tiempos que Teresa calificó de “recios” (“tiempos recios”), salieron en defensa de la espiritualidad carmelitana. Así lo reconoce el insigne carmelita P. Silverio de Santa Teresa (1878-1954) cuando dice **“que parece que Dios había dispuesto que la esclarecida Orden agustiniana rompiera lanzas en defensa de la doctrina de los Reformadores del Carmen, siempre que era atacada. ¡Ni que hubieran celebrado celeste y amistoso pacto aquellos dos buenos amigos, tan semejantes en carácter, que se llamaron Agustín y Teresa!”**¹.

Efectivamente, fue así. Basilio Ponce de León (1570-1629), sobrino de Fray Luis, dirá que San Juan de la Cruz es “**el primer hombre de España en la Mística**”. Lo dice rebatiendo 40 proposiciones sacadas de los escritos de San Juan de la Cruz y presentadas a la Inquisición como sospechosas de herejía. Fray Luis de León defenderá igualmente a Santa Teresa en su famosa *Apología* y que figura como introducción a la primera edición que hizo de las obras de la Santa en 1588. Diego de Guevara (1567-1633), un teresianista ferviente. De las 88 cartas conservadas de la Madre Ana de Jesús, la sucesora de Santa Teresa, 30 se las escribió a Diego de Guevara. A su vez, Agustín Antolínez (1554-1626), admirador y defensor del espíritu carmelitano, hará un elogio estremecido de admiración a San Juan de la Cruz en su extraordinaria obra *Amores de Dios y el alma*.

Toda vez que el tema es muy amplio, nos limitamos al agustinismo de Santa Teresa y a señalar algunos puntos de su espiritualidad.

Comencemos, sin embargo, por el lema “**para Vos nací**” elegido para la celebración de este V Centenario, pues aquí se puede entrever ya la diferencia de la espiritualidad agustiniana y carmelitana.

I.- El lema “**para Vos nací**”.

Como se sabe, el lema “**para Vos nací**” está tomado de una de las bellas poesías de Santa Teresa titulada “**Vuestra soy, para Vos nací**”. A nosotros, los agustinos, nos parece que es un calco del conocido pensamiento de San Agustín: “**Para Vos, Señor, nos has hecho**”. En los dos pensamientos Dios está al principio y al final, es el sentido de la vida. Sin embargo, si se analiza, aunque sea con un poco de detenimiento, la diferencia entre ambas expresiones es muy grande.

San Agustín, como buen filósofo, se mueve en el plano estructural del ser del hombre, cuya dinámica ontológico-afectiva está dirigida hacia Dios, a quien necesariamente se ama, sea uno consciente de ello o no. El ser del hombre lleva en su entraña ontológica e inconsciente la “**noticia impresa de Dios**” y, por ello, siempre es

¹ *Obras de San Juan de la Cruz*, editadas y anotadas por el P. Silverio de Santa Teresa. Biblioteca Mística Carmelitana. Monte Carmelo, Burgos, 1929, Tomo I, p. 219.

a Dios a quien se busca entre las cosas que se buscan. **“Buscad lo que buscáis, repite mil y una vez Agustín, pero no está allí donde lo buscáis”**. Sobre este subsuelo filosófico Agustín intensifica su entrega admirada a Dios enardecida por la fe. Como puede observarse, el elemento intelectual es un constitutivo de la espiritualidad agustiniana.

En Santa Teresa, una mujer autodidacta, y que protestó porque a las mujeres no se las permitía formarse en los estudios, el razonamiento se hace únicamente desde la fe: **“Vuestra soy, pues me criastes, / vuestra, pues me redimistes, / vuestra, pues que me sufristes, / vuestra pues que me llamastes, / vuestra porque me esperastes, / vuestra, pues no me perdí”**.

Evidentemente, haya reflexión filosofía o no, la donación de sí mismo a Dios puede ser igualmente intensa y profunda. Son caminos distintos, pero el resultado final puede ser el mismo. Poco importa por dónde se suba a la montaña –símbolo frecuente de Dios en las religiones-, y que se contemplen paisajes distintos subiendo por lugares distintos en la misma montaña. Lo importante es llegar a la cima y ‘verla’.

Y en ese punto coinciden todos los místicos, aunque, incluso en ese momento, cada místico resalte algún aspecto distinto del Mismo. El hechizo de Santa Teresa no es el hechizo de Santa Teresa, es el hechizo de Dios en Santa Teresa ‘visto’ por ella y que los transparenta a los demás en su vida y en sus obras. El hechizo de San Agustín no es el hechizo de San Agustín, es el hechizo de Dios en San Agustín ‘visto’ por él y que lo transparenta a los demás en su vida y en sus obras. Creo que no se puede hablar de fusión de espiritualidades o de unión de espiritualidades, sino de sintonía afectiva con el Mismo reconocido y admirado por los demás en el místico.

Insistamos todavía algo más. El Corán dice que Dios no tiene 100 nombres, pues sería un número perfecto y se podría nombrar a Dios. Dice que tiene 99 nombres para indicar que ninguno de ellos ni todos juntos lo nombra. Como sabemos, para San Agustín ni el término ‘inefable’ nombra a Dios, pues cuando se dice que es ‘inefable’ parece que se está diciendo algo del que no se puede decir nada. Tal vez, el silencio, piensa Agustín, podría decir algo del que no se puede decir nada. Se trata de la impotencia de las palabras para expresar la riqueza infinita, y de esa impotencia de la palabra hablan constantemente los místicos. Por esta razón, la manera de nombrar a Dios es siempre simbólica, pero distinta en los místicos, a pesar de que tratan de nombrar al Mismo.

II.- El espíritu agustiniano de Santa Teresa (1515-1582).

“Yo soy muy aficionada a San Agustín, porque el monasterio donde estuve de seglar era de su orden” (V 9, 7)².

Como ya hemos podido ver en la explicación del lema del V Centenario, pensamos que no se podrá hablar del espíritu agustiniano de Santa Teresa en un sentido estricto o riguroso, pero sí en un sentido amplio de influencia en la decisión de la voluntad, de afecto y admiración por San Agustín.

² Citamos las obras de Santa Teresa con arreglo a las siguientes siglas: V= Libro de la Vida. C= Camino de Perfección. M= Moradas. E= Exclamaciones. R= Relaciones (en otras ediciones CC= Cuentas de conciencia). F= Fundaciones. CA= Conceptos del Amor de Dios (en otras ediciones MC= Meditaciones sobre los Cantares). Pueden consultarse las obras en esta dirección Web:

<http://www.parroquiavaldespartera.com/wp-content/uploads/2012/07/S.Teresa-de-Jesus-Obras-completasNOOO.pdf>

El primer contacto de Teresa con lo agustiniano lo tuvo cuando ingresó como ‘doncella seglar’, como alumna interna para recibir una educación cuidada, en el prestigioso monasterio de las religiosas agustinas Nuestra Señora de Gracia, en Ávila. Dice el P. Silverio que el convento de las agustinas “**tenía fama de muy observante y recogido y de guardar con mucho rigor la clausura**”³. Allí permaneció como alumna interna durante año y medio (V 3, 2), desde julio 1531 hasta diciembre 1532. Su ingreso en él obedeció a meras circunstancias de la vida. La madre de Teresa –Beatriz Dávila y Ahumada-, fallece en 1528, cuando Teresa tenía 13 años. María, la hermana de Teresa, nueve años mayor que ella y del primer matrimonio de su padre, se había casado en 1531. Su padre tiene que ausentarse de Ávila por razones de trabajo. Teresa tenía la delicada edad de dieciséis años. No se la podía dejar sola. Además, Teresa reconoce que comenzaba “**a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello, y olores y toda clase de vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa**” (V 2, 2). Eran “**niñerías nonada buenas**” (V 2, 3). Su padre, que observaba con preocupación todas estas cosas y consideraba la soledad en la que se encontraba Teresa, decide internarla y encomendar su educación y formación a las religiosas agustinas. Teresa encontró razonable la decisión de su padre “**porque haberse mi hermana casado y quedar sola sin madre, no era bien**” (V 2, 6). La comunidad no pasaba de 14 religiosas. Las alumnas internas eran educadas con esmero en la piedad. Aprendían las labores propias de la mujer: “**leer y escribir, hilar, coser y bordar y algunas otras labores de aguja y ganchillo**”. Teresa era una apasionada de la lectura y conocía, por otra parte, todos esos menesteres. Necesitaba, más bien, recuperar su formación religiosa en el temor del Señor y, sobre todo, vivir “**encerrada, sin visiteos de primos y parientes**”.

La comunidad religiosa era modélica, la impactó, la admiró y lo dejó escrito: “**Holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y religión y recatamiento**” (V 2, 8). Teresa, sorprendentemente, a los ocho días se encuentra en el convento mejor que en casa de su padre. Dice que era muy querida. También ella, por su parte, trataba de estar a bien y contentar a todas. Teresa lo considera una gracia de Dios: “**en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adondequiera que estuviese, y así era muy querida**” (V 2, 8).

Entre las religiosas destacaba sobremanera la Madre María de Briceño y Contreras, la que dormía en el mismo dormitorio que las ‘seglares’ (V 2, 10). A Teresa le agradaba escucharla cuando hablaba de Dios. Además, “**era muy discreta y santa**” (V 3, 1) y “**por medio suyo –nos dice-, parece quiso el Señor comenzar a darme luz**” (V 2, 10). Santo Tomás de Villanueva (1486-1555), que visitó ocasionalmente el convento de las agustinas en algunos de sus viajes, las animó, sin duda, a continuar en el camino de perfección con sus charlas cuando Santa Teresa se encontraba allí⁴.

A pesar del entorno agradable en el que vive, Teresa estaba decidida a no ser monja. Admiraba a las agustinas, pero aquel estado no era para ella. Más aún, lo aborrecía. De hecho, habla de “**la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima**” (V 3, 1). Teresa reconoce que María Briceño tenía un

³ Véase Silverio de Santa Teresa, *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*. Tomo I. *Santa Teresa en el siglo y monja de la Encarnación* (1515-1561). Burgos, Tipografía “El Monte Carmelo”, 1935, pp. 101 y 105, nota 2.

⁴ Véase Sánchez Moguel, Antonio, *Santa Teresa de Jesús y las agustinas de Ávila*, en *Basílica Teresiana*, 15 diciembre de 1898, p 460. El P. Silverio, en contra de lo que afirman otros historiadores, sostiene igualmente que santo Tomás de Villanueva no pudo ser vicario de dicho convento durante la estancia de Santa Teresa en él. Véase Silverio, o.c. pp. 109-110.

hechizo especial que la fascinó siempre. **“Holgábame de oírlo –nos dice-, cuán bien hablaba de Dios porque era muy discreta y santa. Esto, a mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarle de oírlo”** (V 3, 1). La influencia que la religiosa agustina ejerce sobre Teresa es considerable. A su lado, Teresa observa cómo cambian sus sentimientos. Ya no se siente ‘enemiguísima’ de ser monja, sino que va teniendo **“más amistad de ser monja”**. Teresa parece revivir sus deseos de la niñez cuando deseaba ser monja; al menos, eso le parecía (V 1, 6).

Recupera las ganas de ordenar con más cuidado su vida religiosa y surge el anhelo –nos dice-, **“a tornar a poner en mi pensamiento deseo de las cosas eternas”** (V 3, 1). Retorna también a la práctica de la oración: **“comencé a rezar muchas oraciones vocales”** (V 3, 2). Ruega también al Señor la ilumine y le dé a conocer **“el estado en el que le había de servir”** (V 3, 2). Comienza a moverse por su mente el pensamiento de ser religiosa, si bien era una idea que, de momento, iba y venía (V 3, 2). Esto fue obra, sin duda, de las agustinas. Como observa el P. Silverio, Teresa sale de las agustinas **“completamente transformada, con otros pensamientos en su cabeza y otros amores en su corazón”**.

No deja de sorprender que Teresa, cuando se consolida en ella el deseo de ser monja, no entre en el convento de sus admiradas y ejemplares agustinas. Teresa había elegido ya el monasterio. Profesaría como religiosa únicamente, dice ella, en aquel convento donde se encontraba **“su grande amiga”** (V 3, 2) a la que Teresa **“tenía mucha afición”** (V 4, 1). Entre las agustinas Teresa tenía amigas. Más aún, todas eran sus amigas, pero posiblemente no tenía una amiga para compartir sus confidencias íntimas. Su amiga verdadera se llamaba Juana Juárez y se encontraba en el monasterio de la Encarnación y allí ingresó Teresa. La Santa reconoce, sin embargo, con lamento y pena que en dicha elección actuó más bien llevada por el capricho, el gusto y la vanidad que buscando el bien de su alma (V 3, 2).

En resumen: con la ayuda de las religiosas agustinas y, sobre todo de su Maestra María Briceño, Teresa vuelve a recuperar sus prácticas religiosas, intensifica la oración, comienza a pensar de nuevo y con asiduidad en las verdades eternas, desmonta completamente su actitud de rechazo a ser monja, y ya no la inspira miedo serlo. Su mundo afectivo-religioso se había reorientado, se había ‘convertido’.

Teresa había recibido una educación agustiniana y vivía en un entorno agustiniano. De hecho, en el monasterio había imágenes, estatuas y cuadros que la hacían pensar en San Agustín. Repetidas veces oíría hablar de San Agustín, de su vida y doctrina a las religiosas, especialmente a su Maestra, pues la había contado cómo había llegado a ser religiosa agustina (V 3, 1). Se lo escucharía también a los sacerdotes y directores espirituales del convento, al menos, cuando celebraban la eucaristía y predicaban.

III.- Santa Teresa lee las Confesiones de San Agustín

Ahora es San Agustín quien, a través del libro de las Confesiones, empuja a Teresa a decidirse de una vez a entregarse a Dios enteramente y **“sin dejar cosa de sí”**. El tema es de sobra conocido así que lo recordamos rápidamente. Cuando Teresa tiene 39 años, llega a sus manos ocasionalmente el libro de las *Confesiones* de Agustín. La lectura caló en su alma y la afectó hondamente, pues se produce en ella lo que podría llamarse la segunda conversión llevada a cabo, también esta vez, con motivaciones agustinianas. Pierre Blanchard considera este momento no como **“una nueva conversión”**, sino más bien como **“la conversión”**.

Conviene tener en cuenta que antes de leer el libro de las Confesiones Teresa se encuentra con la imagen del **“Cristo muy llagado”** que la conmocionó profundamente (V 9, 1). El volcán de sentimientos que surge en ella es sorprendente. Ve representado en aquella imagen todo el amor inimaginable e increíble hasta la locura que Dios tiene por cada uno de los hombres, incluida también ella misma. El amor le llevó a sufrir la crueldad de la tortura más despiadada por amor a Teresa. Y ella, sin embargo, ni siquiera se había sentido capaz de agradecer **“aquellas llagas”** (V 9, 1). Al contrario, indignamente desagradecida, continuaba inmisericordemente prisionera de sus **“ruines costumbres”**, pues aunque quería liberarse, no lo conseguía (V 9, 1). Profundamente estremecida, Teresa se arroja ante el Señor inundada **“con grandísimo derramamiento de lágrimas”**, implorando perdón y ayuda para no volver a ofenderle **“ya de una vez”** (V 9, 1).

Aquella escena puso a Teresa en el ámbito espiritual adecuado para leer las Confesiones de Agustín y continuar reconociéndose, durante la lectura, ingrata ante tanto amor y tanta gracia que el Señor la comunicaba, **“ganoso”** de llevarla por el mejor camino (V 3, 3).

Las Confesiones conmocionaron profundamente a Teresa:

“Como comencé a leer las Confesiones, pareceme me veía yo allí. Comencé a encomendarme mucho a este glorioso santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mí misma con gran aflicción y fatiga. ¡Oh, qué sufre un alma, válgame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podía vivir en tanto tormento. Sea Dios alabado que me dio vida para salir de muerte tan mortal” (V 9, 8).

Teresa tiene 39 años y se encuentra en el momento más penoso de su corazón que lucha angustiosamente por la conversión radical, pero sin atreverse a dar el paso decisivo. Anímicamente se halla como San Agustín en la escena estremecedora del huerto **“cuando lloraba con muy dolorosa contrición de su corazón”** repitiéndose **“¿Hasta cuándo, hasta cuándo? ¿Por qué no hoy?”** (Conf. VIII, 12, 28-29). Teresa, al pasar fortuitamente ante la imagen de un Cristo ensangrentado y muy llagado, se sintió mezquinamente y miserablemente desagradecida: **“fue tanto, -dice Teresa-, lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez”** (V 9, 1). Leyó, seguidamente, las Confesiones y **“se deshacía en lágrimas”**. La situación espiritualmente anímica de Agustín y Teresa es la misma: llanto por la falta de decisión. La razón y el motivo es idéntico: lejanía de Dios. La señal provocadora es distinta: la imagen de Jesucristo en la cruz, la lectura de las Confesiones y un texto de la carta a los romanos de San Pablo (13, 13). También es diferente la intensidad del alejamiento de Dios, pues Teresa nunca dejó de creer y sus faltas eran leves. La tormenta espiritual, sin embargo, es la misma.

Las *Confesiones* son para Teresa el símbolo de un paso más dado en la lucha por la libertad. Agustín influyó decisivamente en su voluntad, en su vida, pero llegó sólo hasta ahí. No influyó en su estructura mental, pero sí intensificó su piedad religiosa. Nos parece que el P. Silverio resume acertadamente esta idea cuando dice que la conversión **“en la Santa no fue el paso de una vida disoluta, ni siquiera tibia en el servicio de Dios, a otra más ordenada y fervorosa. Fue una especie de conversión a**

mayor continuidad en la oración mental, a mayor intensidad de amor divino, a mayor despegue de criaturas, a mayor diligencia en la evitación de pecados veniales”.

IV.- El aire familiar de las Confesiones en el libro de la Vida de Teresa

Las Confesiones reobran con poder sobre Santa Teresa. Las ve, sorprendentemente, como el espejo que reproduce su propia vida: **“Como comencé a leer las Confesiones, paréceme me veía yo allí”** (V 9, 8). Sorprende el aire familiar que flota en las Confesiones de San Agustín y la Vida de Santa Teresa.

Puede parecer, incluso, que el esquema es el mismo. Dios, de mil formas y maneras inimaginables, va detrás del hombre. El hombre, por su parte, se afana en huir de él. Un buen día se encuentran y es preciso decidir y pronunciar en alto: ¡basta, como dice Teresa, de **“jandar por casas ajenas!”** El proceso de la entrega es doloroso. Hay comportamientos débiles, huídas de sí mismos, vuelta a pasados errores o ‘ruindades’. Hay dilaciones y aplazamientos, rodeos e intentos fallidos, batalla de amores opuestos **“tan enemigos uno de otro”** y los peligros **“del canto de las sirenas”** (C 3, 5). Y, sin embargo, en medio de todas las turbulencias, perciben la presencia de la mano invisible y providente de Dios que misteriosamente los va guiando. Ante esta gracia salvadora que rehace sus vidas, el corazón se desborda en alabanzas a Dios que los ama intensamente a pesar de sus ingratitudes. Y este milagro no pueden guardarlo oculto en el silencio, necesitan comunicarlo y hacerlo público.

La estructura es, pues, muy similar. No podía ser de otra manera. San Agustín es un convertido que decide llevar a cabo la entrega de sí mismo a Dios en alma y corazón. También Santa Teresa logra vaciarse de sí misma y entregarse entera a Dios, o como dice ella misma, **“darse del todo a Dios”** (V 9, 7).

Cuando Teresa escribe su vida se acordó, sin duda, de la vida que Agustín había escrito de sí mismo y en cuya lectura Teresa **“se deshacía toda en lágrimas”**. Esos momentos no se olvidan y, menos aún, cuando se está escribiendo la propia vida sentida también como obra del amor de Dios en ella.

Sin embargo, ello no quiere decir que Teresa haya tomado como modelo la narración que Agustín hace de su vida. La experiencia de la lucha por la conversión y entrega definitiva a Dios y la experiencia de la acción de Dios en ellos son comunes. Por esta razón, las resonancias han de ser, evidentemente, similares. No hay, pues, necesariamente influencia. Los dos, efectivamente, se ‘convierten’, pero el recorrido complejo, tortuoso y enmarañado que hizo Agustín no tiene nada que ver con el camino sencillo, aunque un tanto empedrado, que hace Teresa.

Tanto en las Confesiones como en el libro de la Vida, Dios es el protagonista y su atributo principal es la misericordia. Para caer en la cuenta podrían compararse los textos:

Agustín, Confesiones: Conf. VI, 11, 20; VI, 11, 18; Conf. VIII, 11, 25; Conf. VIII, 11, 26; Conf. VII, 12, 28; Conf. VI, 12, 22.

Santa Teresa, Vida: V 7, 17; V 7, 17 y 18; V 8, 2; V 8, 12; V 9, 1; V 9, 8.

V.- La espiritualidad agustiniana y teresiana. Algunos aspectos relevantes.

Como se sabe, es abundantísima la bibliografía sobre la espiritualidad agustiniana y carmelitana, incluso tratadas simultáneamente⁵. Por otra parte, es un tema tan amplio que habría que hablar de las vivencias que manifiestan la personalidad espiritual de Agustín y Teresa, de la doctrina y virtudes que de ellas se desprenden, de su manera de ver, considerar, contemplar y orar a Dios, manifestadas también en sus escritos, en sus reglas o constituciones, y en su manera de actuar y obrar. De todo ello se ha escrito ya mucho.

Por espiritualidad entendemos, sencillamente, la relación del creyente con Dios, la cual puede ir intensificándose y perfeccionándose, desde el aspecto afectivo y cognitivo, hasta terminar en la unión mística con Dios, pues quien se relaciona con Dios ya está, de alguna manera, unido a él.

Se podría pensar que en San Agustín el centro de su espiritualidad es la caridad ya que Dios es amor, *-Deus caritas est-*, y es preciso intentar parecerse lo más posible a él. Además, no hay virtudes si no hay amor. Este principio se encuentra como nuclear, evidentemente, también en Santa Teresa. La diferencia entre ambos estaría en la manera de describirlo o explicitarlo o explicarlo, pero no en el contenido. En el fondo, no habría, pues, diferencia alguna.

Se podría decir también que en Agustín es central el estudio de la Biblia en la que él meditaba “**día y noche**”, era la fuente de su pensamiento, la conocía de memoria y animaba a los demás a aprendérsela de memoria. Pero también para Teresa la Biblia era primordial en su vida, la leía, la meditaba, la comentaba y, como dice ella, “**por cualquier verdad de la Biblia estaría dispuesta a morir mil muertes**”. La diferencia estaría en la amplitud e intensidad de los estudios ya que Teresa, como mujer, no podía cursar estudios bíblicos en la universidad.

Igualmente, se podría considerar la espiritualidad en los momentos conflictivos dentro de la misma institución religiosa. El P. Jerónimo Seripando, Prior General de la Orden Agustiniense, en una carta dirigida, precisamente, a la observante Provincia de Castilla, dice que el recurso a la observancia y a la obediencia trata de ocultar, la mayoría de las veces, la ignorancia, la ineptitud y la falta de talento (“**observantiae nomen est saepius ignorantiae velamen**”).

Evidentemente, la mejor forma de conocer la espiritualidad de San Agustín y Santa Teresa es sumergirse con afecto y veneración en sus obras tratando de ver vivos a cada uno de ellos. Se percibirá claramente su ‘talante peculiar’ diverso en sus análisis, pero substancialmente y, en el fondo, lo mismo. El mejor tratado de oración en San Agustín es leer las *Confesiones*, como el mejor tratado de oración en Santa Teresa es leer su autobiografía la *Vida*.

Dado, pues, que el tema es muy amplio, nosotros vamos a centrarnos en unos pocos puntos que nos parece que se encuentran, explícita o implícitamente, en cuanto hemos dicho y que sirven de pauta para aproximarnos a la espiritualidad de Santa Teresa desde San Agustín.

⁵ Véase, por ejemplo, Luis Rey Altuna, *La espiritualidad de santa Teresa desde una perspectiva agustiniana*, en Augustinus, vol. XXVII, enero-diciembre 1982, pp. 129 – 151.

5.1. La espiritualidad agustiniana y teresiana considerada desde el origen: “Para Vos, Señor, he sido hecho”. “Nacida para Vos”.

La espiritualidad de Agustín y Teresa mantiene viva la conciencia de Dios, quien, estando, por amor desinteresado, al principio y al final, ha de estar también presente en la persona durante toda la travesía de la vida. Darse y entregarse a Él es corresponder a su amor generoso.

El subsuelo, sin embargo, sobre el que se fundamenta, en última instancia, la donación y entrega es tan distinto en Agustín y Teresa que, tal vez en él, se puede encontrar el elemento verdaderamente específico de cada una de las espiritualidades.

En San Agustín, repetimos una vez más, la base o el fundamento está constituido por el mismo ser ontológico del hombre, previo, si se puede hablar así, a la persona. El ser del hombre es, en su mismo ser estructural, pasión afectiva de Dios. En el hombre, ser y pasión de Dios, es uno y lo mismo. Para Agustín, Dios no es el Dios del corazón, sino el Dios del ser ontológico, el cual es corazón lleno de sentimientos divinos y trascendentes. El ser del hombre es Dios hecho imagen en el hombre, hecha por él y apasionada por él. El ser del hombre es sabor a Dios y gusto a Dios. Por ello, no podrá contentarse con nada que sea menos que Dios.

Y de este subsuelo, como de un volcán, se despliegan todas las emociones del hombre, su constelación emocional y el sentido de ellas.

Esto quiere decir que conocemos *necesariamente* a Dios aunque *no seamos conscientes* de ello. Pero también quiere decir que, en el momento que seamos conscientes de ello, hay que *decidirse* a continuar conociéndole más.

Quiere decir, igualmente, que *amamos necesariamente* a Dios sin saberlo. Pero también quiere decir que en el momento en el que seamos conscientes hay que *decidirse* a amarle. Nuestro primer amor es Dios, no uno mismo.

Quiere decir, a su vez, que entre las cosas que buscamos es siempre a Dios a quien se está buscando entre lo que buscamos. Pero también quiere decir que una vez que somos conscientes de ello, hay que *decidirse* a buscarle.

Esto quiere decir que si conocemos a Dios, buscamos y amamos a Dios es porque estamos iluminados por la luz de Dios, una luz que, por su característica de inmutable e incommutabile, está más allá o por encima de nosotros como un mundo en nosotros y cualitativamente distinto de nosotros.

Se me antoja pensar que en este procedimiento, descubierto por la reflexión filosófica, está lo específico de la espiritualidad agustiniana y que se encuentra antes de la experiencia viva de Dios. La espiritualidad agustiniana no comienza con la vivencia de Dios, sino con el descubrimiento de este sustrato que le llevará a la experiencia de Dios. Sobre él se apoya, igualmente, el “*intellige ut credas*”.

Teresa, por su parte, tenía una bondad y alegría natural arrolladora que fascinaba y maravillaba a cuantos la conocían. No solamente era la más querida de su padre, sino que su hermanastra María la adoraba de amor e, igualmente, sus hermanos y primos. También en el colegio de las madres agustinas “*era muy querida*”. Su afecto, su calidad humana, su sencillez y transparencia alegre parecía un rayo de luz benéfica que bañaba a quienes hablaban con ella. Su poder para hacerse querer y

hacer amigos era portentoso. Fray Luis de León dirá que Teresa era como un imán que todo lo atraía como por encanto.

Teresa insistirá a sus religiosas **“ser afables y agradar y contentar a las personas que tratamos”**, de manera que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemoricen y amedrenten de la virtud” (C. 41,7). La amistad hace más atractiva la virtud. El lema de Teresa fue **“procurar siempre dar contento, aunque la hiciese pesar”**. El principio fundamental consiste, pues, en crear relaciones de amistad.

Para Teresa Dios será, antes que nada, el Amigo, el Amigo bondadoso y misericordioso que todo lo da y dirige misteriosamente la propia vida. La oración será también un diálogo de amistad con el Amigo que es Dios.

Amar mucho hace más amigos que pensar mucho. Teresa, como mujer, no pudo estudiar en la universidad, pero los profesores de la universidad, como suele decirse, querían ser amigos de ella y visitaban sus Carmelos. La amistad entrañable es, pues, -a nuestros parecer-, el subsuelo propio, específico y peculiar de Santa Teresa. Sobre él apoya su edificio espiritual. Pretender describir la espiritualidad de Santa Teresa partiendo del momento en el que ella tiene la vivencia de la presencia de Dios secuestradora de la totalidad de su persona, es iniciar un camino que llega a un punto en el que todo se parece, más o menos, a todo: Cristo como centro, amor y devoción a la Virgen María, la Iglesia como Madre, la caridad como virtud capital, la comunidad, la fraternidad, el estudio, etc. Pensamos que lo específico de la espiritualidad teresiana viene del fondo inicial. La amistad, potenciada por la gracia divina y la visión del Dios-Amor, se desarrolla y evoluciona, evidentemente, hasta adquirir la forma de caridad perfecta.

Evidentemente también habría que analizar los contenidos doctrinales para detectar lo específico de la espiritualidad agustiniana. Por ejemplo, cuando Jesucristo, muriendo en la cruz grita: ¿Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado? allí estábamos todos rezando, allí estaba la Iglesia rezando, pues es su cuerpo. Allí estaba Jesús rezando por nuestros delitos y haciendo suyos nuestros delitos" (En. Sal 21, II, 3). Jesús, en la cruz, no se queja a Dios de abandono, pues Dios no abandonó a Jesucristo ya que el Hijo de Dios es Dios, el Verbo de Dios es Dios". Dios no abandona a Dios. Es imposible. **"Jesús ni se sentía abandonado ni temía morir. Lo que hizo fue hablar al Padre de mí, de ti y de aquel; pues llevaba su cuerpo, es decir, la Iglesia". "Allí hablaban los miembros, no la cabeza"** (En. Sal 21, II, 4)

Este aspecto doctrinal especifica la espiritualidad agustiniana.

También se puede considerar otro aspecto doctrinal propio en Santa Teresa. Santa Teresa tuvo la experiencia de la Santísima Trinidad y llegó a ver las Tres Personas Divinas simultáneamente y como siendo un solo Dios. Pero generalmente ella habla de ver a Dios o de llegar a ver a Dios. Este Dios al que ha llegado a ver no es, generalmente, Dios-Padre ni es Dios-Espíritu Santo. Tampoco es Dios-Hijo antes de encarnarse y antes de asumir la materia o cuerpo humano, cuando era solo pura Divinidad, sino que es *Dios-Hijo-Hecho hombre*, es decir, Jesucristo encarnado y humanado, con su cuerpo glorificado o con su Sacratísima Humanidad.

Teresa afirma insistentemente que en Jesucristo no se puede separar la Divinidad de su Humanidad (V 22, 8). Es verdadero Dios y verdadero hombre. Por ello, no es sólo su Divinidad, es también su Humanidad, incluso, después de resucitado.

Ese Jesucristo, que es Dios-Hombre, está en el interior, pero con su Humanidad resucitada o, como dice ella, **“con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado”** (M VII, 2, 1). Cuando Teresa, refiriéndose a Jesucristo, dice, sin más precisión, que Dios está en el interior, se sobreentiende que ese Dios, que está dentro, es Dios con su Humanidad Sacratísima glorificada, o sea, Jesucristo Dios-Hombre. En este sentido es indistinto decir que Jesucristo está dentro o que Dios está dentro⁶. Este Jesucristo Dios-Hombre se presentó a los discípulos después de la resurrección y no le reconocieron fácilmente, pues su aspecto humano o humanidad se había transformado en ‘materia’ incorruptible.

También este aspecto doctrinal marca la especificidad de la espiritualidad teresiana.

5.2. La primacía del amor en la espiritualidad agustiniana y teresiana.

La primacía del amor la describió ya San Pablo en 1Cor. 13, 1-13 y se concretó con el precepto del amor a Dios y al prójimo en Mt 22, 34-40. Este principio fundamental lo hemos escuchado tantas veces que suena a ya sabido. Pero, tal vez, pueda llamarnos la atención si lo consideramos en un caso concreto. Santa Teresa recomienda a las superiores que se hagan amar para ser obedecidas: Madre Superiora **“procure ser amada para ser obedecida”** (Constituciones del 1567, XI, 1). La obediencia no se presenta unida directamente a la legalidad, sino a la capacidad de la superiora para hacerse amar, a la habilidad y disposición para crear un ámbito y espacio de familia entrañable que facilita la obediencia.

Parece que en esto Teresa haya copiado a San Agustín, quien repite, también en sus obras, que el superior tiene que procurar siempre ser amado y no temido. Evidentemente, Teresa no copió a Agustín. Es una consecuencia que deriva de la caridad, centro nuclear del cristianismo, si bien, su fuerza e intensidad deriva de la vivencia directa de Dios-Amor.

Ser amados supone tener una mente grande para saber promover la alegría y hacer fácil la obediencia; pero más grande que la mente debe ser el corazón. O, sencillamente, dado que el amor es el que más entiende, basta con tener un corazón muy grande. Con ello, surge la familia y las relaciones que van más allá de las relaciones interpersonales. Surge la confianza y con ella la responsabilidad. **“Solo el amor, dice Teresa, es el que da valor a todas las cosas”** (E 5, 2).

Las intimidaciones, las coacciones, las amenazas, los miedos deslegitiman afectivamente, aunque no legalmente. Aparece la desconfianza que aleja afectivamente los corazones y, por tanto, las personas. El sitio o la silla que preside, dice Agustín, tiene sobre sí la amenaza del orgullo destructor de la familia.

Santa Teresa, que venía de una comunidad de 170 religiosas, propone que no pasen de trece: **“en esta casa, que no son más de trece ni lo han de ser, aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar”** (C 4, 7).

Dentro de este ámbito, Teresa recomienda a la superiora que, como ocurre en las familias, **“procure llevar a cada uno por donde Su Majestad la lleva”** (Fundaciones 18, 9).

⁶ También Agustín dirá, pero bajo otro aspecto que “es el hombre interior en el que habita Cristo de forma provisional por la fe” (*“Interior est homo ubi habitat Christus interim per fidem”*, Serm 53, 15).n

A este respecto, recordamos una anécdota que San Agustín deja traslucir en su obra sobre el trabajo de los monjes cap. 18, 20, y, sobre todo, en el cap. 19, 37. Un buen día se presentan a Agustín unos monjes con una azada más en las manos, se la ofrecen a Agustín y le ruegan que, teniendo en cuenta que todos son iguales, también él vaya a trabajar al campo con ellos y predique con las obras lo que predica con las palabras. Agustín, conocedor de la naturaleza humana y de la condición, incluso, de sus religiosos, ni se ofende, ni reacciona con ira, ni les castiga, ni les llama ignorantes o incompetentes. Aprovecha, humildemente, la ocasión para hacerles reparar en otro tipo de trabajo que, al parecer, desconocen o no están suficientemente informados.

Existe, les dice Agustín, otro género de trabajo que no es meramente manual; tal es el estudio, la investigación, la enseñanza, lo cual exige mucho esfuerzo y tiempo. ***“Una persona, les comenta Agustín, puede emplearse en instruir a otro y vivir en eso tan ocupado, que no pueda trabajar físicamente”*** (cap. 18, 20). Agustín pasa seguidamente a hablarles de su duro y arduo trabajo personal: ***“Preguntad e informaos de la fatiga de mis ocupaciones, de los achaques de mi salud para ciertos trabajos, de la costumbre de las iglesias a cuyo servicio vivo, y que no me permite entregarme a esa actividad que os aconsejo a vosotros (...). Preferiría mil veces ocuparme en un trabajo manual cada día y a horas determinadas, y disponer de las restantes horas libres para leer, orar, escribir algo acerca de las divinas Escrituras, en lugar de sufrir las turbulentas angustias de los pleitos ajenos acerca de negocios seculares, que hay que dirimir con una sentencia o hay que arreglar con una intervención. He ahí las molestias con que me tiene clavado el mismo Apóstol, no por su voluntad, sino por la de aquel que hablaba por su boca. (...) Omíto las demás e innumerables preocupaciones eclesiásticas, que quizá nadie, sino quien las haya experimentado, puede adivinar. Por lo tanto, no arrojo sobre vosotros cargas pesadas ni abrumo vuestros hombros con pesos que yo me niegue a tocar con un solo dedo. Si estuviese en mi poder, preferiría hacer lo que os aconsejo a vosotros”*** (cap. 29 37).

En el fondo está resonando las recomendaciones de Teresa a las Superiores: ***“procure llevar a cada uno por donde Su Majestad la lleva”*** (Fundaciones 18, 9).

5.3. El Dios íntimo y personal en la espiritualidad agustiniana y teresiana. El Dios de la misericordia.

San Agustín y Santa Teresa hablan constantemente de Dios, dicen cosas muy bellas de Dios y dicen quién es Dios. Pero leyendo las *Confesiones* y la autobiografía de Santa Teresa la *Vida* se llega a la conclusión que estos dos prodigiosos místicos coinciden en poner de relieve que el aspecto divino que ellos vivieron como el Dios más real, vivo, íntimo y personal es el Dios de la misericordia. La cualidad o atributo más sorprendente y misterioso es, sin duda, el del Dios que, como dice Agustín, está luchando sin desmayo dentro del hombre a favor del hombre (Serm 128, 9), aunque él no se dé cuenta ni perciba la poderosa, benéfica y misericordiosa acción divina. Más aun, Dios lucha *dentro* del hombre a pesar del hombre. Dios es, antes que nada, el Dios de la misericordia.

Santa Teresa, por su parte, dice que el hombre podrá estar *golpeando* a Dios. Dios, sin embargo, le responde haciéndole mercedes y favores (V 38, 16). También para ella, el Dios íntimo y personal es el Dios de la misericordia.

Su Dios íntimo y personal quedan resumidas en estas dos vivencias de Agustín y Teresa: ***“No olvidaste al que se olvidó de tí”*** (Agustín, Conf. XIII, 1, 1)

“Aunque os dejaba yo a Vos, no me dejasteis Vos a mí” (Teresa, V 6, 9)

La unidad esencial que unifica las *Confesiones* y la *Vida* se puede resumir en esta frase de Santa Teresa: **“Dar cuenta de mi ruin vida y de las mercedes que me ha hecho el Señor”** (V 19, 4). En el fondo, son lo mismo, aunque el modo de hacerlo y las realidades que se analizan sean distintas.

5.4. La oración permanente en la espiritualidad agustiniana y teresiana: “Dame lo que mandas y manda lo que quieras”.

Es la oración que dimana necesariamente del reconocimiento mismo de la misericordia divina. Y como la acción misericordiosa de Dios es continua, también la oración es continua. Cuando el Dios íntimo y personal es el Dios de la misericordia, la oración que permanentemente se está rezando, aunque no se pronuncie, es el reconocimiento constante de que todo es don y gracia de Dios. De hecho, Agustín la repite, en el libro X de las *Confesiones*, como un estribillo, esta súplica que tanto agradó a Teresa: **“Dame lo que mandas y manda lo que quieras”** (X, 29,40; X, 31, 45; X, 37, 60). La repetición, podría decir también aquí Agustín, no es una mera repetición, sino que se repite lo que no se puede estar diciendo constantemente y sin interrupción (**“non est repetitio sed quasi perpetua dictio”**). Con la repetición, dice Agustín, tal vez se pueda decir lo que no se puede decir continuamente y sin pausa. El reconocimiento de la misericordia divina o de la gracia de Dios convierte las *Confesiones* de Agustín, el libro de la *Vida* de Teresa y la propia vida en un canto de gratitud y de alabanza.

Teresa leyó, sin duda, con agrado cuanto Agustín dice sobre las tentaciones en el libro X de las *Confesiones*. El análisis sencillo y hondo que hace Agustín debió ser para Teresa como un rayo de luz que esclareció aún más su mente y la llevó a poner un oído atento a esa acción misteriosa e invisible de Dios que dispone a la persona para hacer el bien.

Ciertamente Teresa había meditado con frecuencia las palabras de San Pablo cuando dice **“que todo se puede en Dios”**; o el evangelio de San Juan (Jn. 15,1-8) que dice **“sin mí no podéis hacer nada”**. No se trata, dice Agustín comentando el texto, de hacer poco o mucho, sino nada; de manera que, ya sea mucho ya sea poco, nada se puede hacer sin aquel sin el cual nada se puede hacer.

Teresa tenía también la experiencia de su radical indigencia para hacer el bien: **“De mí sabía que no podía nada”**, dice Teresa. Por todo ello, Teresa supo valorar la oración de Agustín como súplica que encierra el reconocimiento de la grandeza asombrosa de Dios y la insignificancia radical del hombre a la hora de hacer el bien. Por esta razón, Teresa reza frecuentemente con esa misma oración: **“así os suplico con San Agustín, con toda determinación, que ‘me deis lo que mandareis, y mandadme lo que quisieréis’; no volveré las espaldas jamás, con vuestro favor y ayuda”** (Conceptos del amor de Dios 4, 9).

Ciertamente la oración de Agustín, en el fondo, dice lo mismo que San Pablo o que el evangelista San Juan, pero la formulación agustiniana es más precisa, explícita, densa, atrevida e incisiva a la hora de reconocer el misterio de la acción divina y la indigencia, penuria y debilidad del hombre necesitado de la oración.

Teresa, leyendo las *Confesiones*, pudo comprobar que Dios no solamente da lo que manda, sino que, incluso, es un don suyo la mera disposición para hacer el bien. Agustín reconoce que amó a Dios, pero sólo porque previamente Dios le había herido el corazón con su palabra (**“Percussisti cor meum verbo tuo, et amavi te”**, Conf. X, 6, 8). También reconoce que comenzó a oír la voz de Dios porque el Señor le preparó para

la escucha: "llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera" (*"Vocasti et clamasti et rupisti surdidatem meam"*) (Conf. X, 27, 38). Y cuando Dios le toca arde en la paz: "me tocaste, y abraséme en tu paz" (*"tetigisti me, et exarsi in pacem tuam"*, Conf. X, 27, 38).

O cuando confiesa: "Ni siquiera una palabra de bien puedo decir a los hombres si antes no la oyeres tú de mí, ni tú podrías oír algo tal de mí si antes no me lo hubieses dicho tú a mí" (Conf. X, 2, 2). Agustín repite, una y otra vez, la misma idea en este libro X y, sin embargo, parece que está diciendo siempre algo distinto como se puede también observar en estas breves oraciones: "**Muchas cosas nos concedes cuando oramos; mas cuanto de bueno hemos recibido antes de que orásemos, de ti lo recibimos, y el que después lo hayamos conocido, de ti lo recibimos también**" (Conf. X, 31, 45).

Es bella esta súplica: "Tú aumentarás, Señor, más y más en mí tus dones, para que mi alma me siga a mí hacia ti" (Conf. X, 30, 42).

Cuando Teresa escribe su propia vida, la somete a examen de conciencia y experimenta la mano misteriosa y benéfica de Dios en ella, no pudo menos, ciertamente, de acordarse de la vida que escribió Agustín y que ella, en algún momento de su lectura, "se deshacía toda en lágrimas" (V 9, 8). La persona de Agustín, en su drama y pasión por Dios, debió de estar muy presente en la mente de Teresa, y su recuerdo la acompañaría como una imagen de fondo durante toda la vida. También Teresa dirá en su libro de la *Vida* que "sin Dios no se hace cosa" (V 10, 3). Ello significa que, aunque parezca extraño, el bien que nos hacen los demás, se lo debemos en primer lugar a Dios (V 5, 4). El hombre, por sí mismo, sería incapaz, incluso, de tener un buen pensamiento si Dios no se lo concede (V 38, 22). "Todo, dice Teresa, es dado de Dios" (V 10, 2), también la paz que sosiega. Lo dice con un sabor que recuerda a Agustín: "si no es con Dios, dice Teresa, o por Dios, no hay descanso que no canse, porque se ve ausente de su verdadero descanso" (V 26, 1). Y todavía ahondará más en la gratuidad de la gracia cuando dice "no tenemos qué dar si no lo recibimos" (CP 32, 13; M VI, 5, 6)

Teresa reza con la oración de Agustín porque su formulación es osada y atrevida, y no se puede decir tanto de Dios y del hombre con menos palabras.

Teresa había leído en las Confesiones la oración que Agustín dirige al Señor: "dame qué te ofrezca, porque soy pobre y necesitado" (Conf. XI, 2). Teresa la repetirá cuando dice suplicando a Dios: "Que me deis, Dios mío, qué os dé con San Agustín para pagar algo de lo mucho que os debo" (*Exclamaciones* 5, 2). Su profundidad religiosa es grande. A ese Dios, que le ha dado todo y le debe todo, Teresa le pide todavía algo para ir saldando, poquito a poco, lo mucho que le debe, que es todo.

También Santa Teresa presenta la finalidad del libro de la *Vida* con una frase de resonancia agustiniana. Lo escribió, dice ella, "para que más se vea quién Vos sois, Esposo mío, y quién soy yo" (V 4, 3). Late el famoso lema que habla de conocer a Dios para conocerse, y conocerse para conocer a Dios. Es el conocimiento circular que mutuamente se autopotencia.

En resumen. La cercanía de la espiritualidad agustiniana y teresiana en este punto surge de la misma experiencia cristiana del Dios misericordia. Teresa, sin embargo, reza con la formulación de Agustín porque con ella se dice más en menos tiempo.

5.5. La realidad primordial de la espiritualidad agustiniana y teresiana: El 'viaje divino' hacia el interior.

Otro de los puntos característicos de la espiritualidad agustiniana y teresiana es el encuentro de Dios en el interior del hombre.

Antes de leer a San Agustín, Teresa sabía que a Dios había que buscarle en el interior. Teresa había escuchado, leído y meditado con frecuencia las palabras del Señor: **"si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él"** (Jn 14, 23). También había leído y meditado en el evangelista San Juan que Dios es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn. 1, 1-18). Ello quiere decir que el primer rayo de luz que ilumina al hombre no es la luz del sol, sino la luz divina con la cual va a poder comprender el mundo y a sí mismo. El hombre es un iluminado por la luz divina. A su vez, el evangelio de San Mateo (Mt 3, 1-12) proclama que el Reino de Dios no está ni aquí ni allí, sino dentro del hombre. También lo leyó en los libros. Dice Teresa, que **"en algunos libros de oración está escrito, adónde se ha de buscar a Dios"** (V 40, 6); se lo escuchó, igualmente, a las agustinas e, incluso, lo pudo escuchar en los sermones a los que ella **"era aficionadísima"** (V 8, 12). Y, sobre todo, Teresa lo había leído en Francisco de Osuna, su gran maestro a quien siguió con todo su tesón. En él no solamente encontró el tema de la interioridad agustiniana, sino también la necesidad del amor como condición previa para conocer.

Teresa reconoce, sin embargo, que Agustín buscó a Dios en el interior de manera peculiar y especial (V 40, 6). Teresa menciona muchas veces a San Agustín cuando recomienda buscar a Dios **"dentro de sí"** (V 40, 6,) o cuando quiere mostrar que a Dios hay que buscarle en el interior. Piensa, además, Santa Teresa que la invitación a contemplar a Dios **"en lo muy interior"**, en el **"hondón"**, 'dentro' de sí mismo y no 'fuera' en las cosas, es afectivamente más atractiva, presenta mayor encanto, facilita que el alma se apegue más a Dios (V 40, 6) y es más **"fructuosa"** (V 40, 6).

Sin embargo, el procedimiento de Agustín es muy diverso al seguido por Santa Teresa. Una vez más, aparece el aspecto intelectual como característica peculiar de la espiritualidad agustiniana.

En San Agustín el principio de lo inmutable y permanente es el principio rector que articula dialécticamente el proceso en el conocimiento del Dios interior. Dios no cambia, es inmutable. Las cosas, por el contrario, cambian. No son, pues, Dios. Dicho principio actúa como luz que alumbra la mente a la hora de conocer y juzgar. Puede verse en libro VII de las Confesiones o en el libro X. Entre la experiencia descrita en el libro VII y la analizada en el libro X han pasado aproximadamente catorce años. El esquema, sin embargo, se mantiene. Cambia solamente el aspecto o la realidad cuya consideración es más apropiada en cada momento. Podía haber aplicado el esquema a otras realidades como el amor o la esperanza. La reflexión y la conclusión hubieran sido las mismas.

Teresa no sigue el modelo de Agustín que va apoyado en la reflexión filosófica. El camino de Teresa se apoya primordialmente en la contemplación de imágenes de escenas de la vida de Jesucristo: **"Como no podía discurrir, dice Teresa, con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí"** (V 9, 4). **"Allí metida consigo misma, puede pensar en la Pasión y representar allí al Hijo (...) y no cansar el entendimiento andándole buscando en el monte Calvario"** (C 28, 4).

La imagen, por ejemplo, o la escena imaginada de la vida de Jesucristo, como puede ser Jesucristo atado a la columna, se piensa como si estuviera ocurriendo actualmente al mismo Jesucristo quien ahora está dentro de uno mismo. El mismo Jesucristo representado es el que está ahora sufriendo aquella escena en el interior. No hay que ir a buscar a Jesucristo en el monte Calvario, o al huerto o a la columna, sino que estas escenas hay que considerarlas dentro de uno mismo como si actualmente estuvieran aconteciendo en su misma y cruda realidad. Una madre y su hija pueden, con la ayuda de la imaginación, trasladarse al momento, día y lugar en el que la hija se casó, revivir aquel día y disfrutar comentando y analizando, en diálogo íntimo, los mil detalles de aquel acontecimiento ya pasado y hecho ahora presente. Esto mismo hace Teresa. Pero observemos ya desde ahora que en la escena recordada, revivida y actualizada hay imagen, visualización, análisis, consideración, evaluación, ponderación, reflexión, meditación, aunque todos estos términos se tomen en un sentido amplio y sin rigor conceptual en las palabras. Teresa no es una escolástica. Ella presenta su originalísimo camino hacia el Dios interior en un estilo sencillo, intuitivo, comprensible, y sin necesidad de definir siempre y a cada paso los conceptos. Santa Teresa recomienda este procedimiento. Teresa dirá que: **“Si pensaba en algún paso, le representaba en lo interior”** (V 4, 8). **“Tornando a lo que decía de pensar a Cristo a la columna, comenta Teresa, es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo y por qué las tuvo y quién es el que las tuvo y el amor con que las pasó. Mas que no se canse siempre en andar a buscar esto, sino que se esté allí con Él, acallado el entendimiento. Si pudiese, ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe y hable y pida y se humille y regale con Él, y acuerde que no merecía estar allí”** (V 13, 22).

Por esta ‘vía’ Teresa pasa del Jesucristo imagen muerta a Jesucristo vivo en el interior. Pasó de la representación a la persona representada. Digamos, para entendernos, que de la fotografía pasó a la persona misma fotografiada. La repetición diaria, asidua, constante y durante largo tiempo de la oración de dichas escenas u otras distintas llevadas con este procedimiento puede verse premiada por Dios con la visión directa del mismo Dios.

En resumen:

El **“camino divino”** de Teresa hacia el Dios interior no es el itinerario agustiniano. La búsqueda intelectual y minuciosa hasta el escrúpulo del filósofo, teólogo y místico que encontramos en las *Confesiones* no aparece en los escritos de la Santa. Teresa, para llegar a ‘ver’ a Dios, no necesita hacer un análisis ontológico del propio ser e ir escalando los peldaños que van de lo mudable y cambiante a lo permanente en el hombre. Ella misma reconoce que eso de entrar dentro de sí e ir por encima de sí, terminología propia de Agustín, es un lenguaje que no lo entiende: **“Dicen que ‘el alma se entra dentro de sí’ y otras veces que ‘sube sobre sí’. Por este lenguaje no sabré yo aclarar nada”**. A Teresa le sobra pensamiento porque le basta el amor. Tampoco aquí su forma de pensar es agustiniana. Teresa cita en este tema a Agustín como quien necesita el aval de una autoridad.

Tal vez, se pudiera resumir, una vez más, lo específico de ambas espiritualidades en la siguiente consideración. Teresa suele repetir, -como si tuviera delante a San Agustín-, que para llegar a Dios **“no es necesario pensar mucho, sino amar mucho”** (M IV, 1, 7). Agustín hubiera estado de acuerdo, pues el ejemplo lo tenía en su propia madre Mónica. No obstante, hubiera precisado: **“Yo, para amar mucho, necesito pensar mucho”**.